

Una práctica vulgar

Mi práctica docente durante este periodo (1968-1979) no estuvo orientada por algún tipo de construcción racional que pudiéramos identificar como una teoría académica. Manejé algún que otro principio pedagógico aprendido de aquella manera en una Escuela Normal que fue, como institución formativa, igual de mala que era yo como estudiante. Si digo que por entonces mi práctica pedagógica fue vulgar, es porque no tenía tras de sí más que el sentido común, que, por otra parte, tampoco podía ser gran cosa teniendo en cuenta que, como ya he dicho, llegué a la escuela con tan solo dieciocho años.

[...]

Mi primera escuela fue [el Orfanato Minero \(1967-68\)](#) [...] Luego vino [Sama de Langreo \(1968-69\)](#) [...] En el curso 69-70 estuve en el Colegio Nacional de [Pola de Siero \(1969-70\)](#). El curso siguiente [...] [Villanueva de Cangas de Onís \(1970-71\)](#) [...] después volví a enseñar, esta vez en [El Remedio \(1972-73\)](#), que pertenece a Nava. [...] El curso siguiente estuve en [Noreña \(1973-74\)](#). Vino después [...] la escuela de [Ventanielles \(1974-77\)](#) [...] Después [...] fue la escuela de [Soto de Rey \(1977-78\)](#), hoy desaparecida.

Como la práctica vulgar no carece de teoría, entendiendo ahora por tal ese pensamiento práctico no explícito ni sistematizado al que ya me he referido, mi docencia en estas mis primeras nueve escuelas estuvo completamente a merced de lo que era yo como individuo que en aquel entonces transitaba entre polos tan contrapuestos como los ya referidos en las entradas anteriores: entre el campo y la ciudad, la religión y el ateísmo, la ignorancia política y el compromiso militante, el estudio como pesada carga y la pasión por el conocimiento. No ha de extrañar, pues, que llevara a la escuela, más dentro de mí que bajo el brazo, las mismas intenciones y herramientas con las que estaba acometiendo el derribo de lo que hasta entonces había sido. Por eso lo he contado. (p. 93)

El Orfanato Minero (1967-68)

Llegué al Orfanato Minero de Oviedo el 15 de enero de 1968, con dieciocho años y cara como de dieciséis.

[...]

La [institución](#) contaba con un amplio conjunto de edificios y espacios que ocupaban un área considerable, además de una densa historia que entonces ignoré totalmente.

[Un viejo Citroën](#) con trasportín nos recogía a los maestros en la Plaza de Santa Clara para subirnos cada mañana al colegio.

[...]

En lo organizativo era fácil distinguir entre [la plana mayor y la menor](#).

[...]

La [entrada](#), y tras ella todo lo demás, se organizaba como en la inmensa mayoría de las escuelas en aquella época.

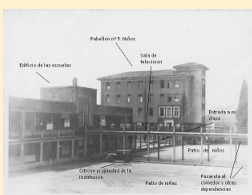
Mi [aula](#) tenía el aspecto que era común entonces.

En la institución, hoy convertida en “Fundación Docente de Mineros Asturianos” (FUNDOMA), no queda rastro alguno de [mis alumnos](#) ni de mí

[...]

Y yo, [el maestro](#), era un creador de ocurrencias... (pp. 93-94)

La institución



... Mi desinterés por la institución, recíproco del hermetismo con el que esta recibía a los extraños, no solo se dio en la dimensión espacial sino también en la temporal, porque llegué allí ignorando su historia y me fui sin saber una palabra de ella... (p. 94)

Un viejo Citroën



... Aquel coche fue mi primer espacio de socialización profesional. Mi primera sala de profesores. Su aspecto funerario me parecía que casaba bien con las ideas que se manejaban dentro... (p. 95)

La plana mayor y la menor



Por un lado, andaban los que permanecían en la institución, y, por otro, los que estábamos de paso. Si, además, se trataba, como me ocurría a mí y creo recordar que también a alguna de mis compañeras, que era la primera vez que llegábamos a una escuela como maestros, es fácil comprender que hubiera grupos de afinidad y de poder muy distintos en aquella casa... (p. 95)

La entrada



... Tardaría bastantes años en enterarme de que el rito y la liturgia trabajan siempre para el orden, y que en este caso concreto había un componente militarista en la disposición de los cuerpos. Por entonces no veía yo allí otra cosa que una manera ordenada de organizar la entrada. (p. 97)

Mi aula



El maestro de la foto no soy yo, pero el aula sí podría ser la que tuve en el Orfanato porque era exactamente igual que esta. La misma puerta, los ventanales a la izquierda, la pizarra en el mismo sitio, el crucifijo, la Inmaculada y Franco... (p. 97)

Mis alumnos



No he podido encontrar en el antiguo Orfanato documento alguno relativo al grupo de alumnos del que fui maestro los cinco primeros meses de mi vida como docente. Probé en Facebook y apareció Mayora... (p. 98)

El maestro



... era un chico de pueblo todavía no del todo integrado en la ciudad. Era también un católico, con certificación parroquial de hacía solo unos meses, pero que estaba en plena operación de derribo de lo que había sido el templo de sus creencias, tarea que estaba ya muy avanzada. [...] estaba aprendiendo a reconocer el franquismo como la dictadura que era y, por tanto, aunque en esto iba algo más retrasado, la lealtad exigida por el régimen a los maestros no estaba en absoluto asegurada más allá del trámite burocrático... (p. 100)

Sama de Langreo (1968-69)

Durante el curso 1968-69 estuve en [Sama](#), desde febrero. Fueron cinco meses sombríos que a punto estuvieron de provocar mi muerte profesional prematura. Fue tan poco grato aquel destino (así llamábamos en la jerga del gremio al lugar de trabajo al que la Administración nos enviaba) y era tan inconsistente mi vocación, que consideré la posibilidad de abandonar y dedicarme a otra cosa más gratificante.

Viajaba en los autobuses de [El Carbonero](#). La ida, a pesar de estar recién iniciada la mañana, era un viaje sin aliento, sin el vigor que cabría esperar en un joven maestro. A la vuelta solía dormirme en el autobús con la cabeza reclinada sobre el cristal de la ventanilla, más abatido por la desmotivación que por el cansancio.

Como interino me ubicaron en [las escuelas viejas de la Calle Dorado](#), un lugar del que la gente huía para ir a las escuelas nuevas del otro lado del río. (p. 103)

Sama



... Entonces no tenía yo ningún esquema pedagógico en la mente que me permitiera captar todo aquello como el contexto cultural que podía ayudarme a entender mejor quiénes eran los niños de mi clase, así que me limitaba a curiosear sin criterio profesional alguno. Recuerdo el impacto que me causó ver a los mineros salir del tajo un día que me acerqué hasta el castillete de la mina Modesta. Aquellos inquietantes ojos blancos, perfilados como incrustaciones de nácar en rostros de caoba negra a mí, que nunca había visto a los trabajadores de la mina cuando salen de las entrañas de la tierra, me impresionaron... (p. 103)

El Carbonero



El Carbonero era la empresa de transporte público cuya línea recorría el Valle del Río Nalón comunicándolo con Oviedo. [...] Fue mi segunda experiencia de socialización profesional. También esta vez negativa. De nuevo juré que jamás sería de aquella manera. (p. 103)

Las escuelas viejas de la Calle Dorado



... El tedio de aquellos meses me llevó a considerar seriamente la posibilidad de dejar la enseñanza y dedicarme a otra cosa. Más que la enseñanza, lo que pensé abandonar fue el oficio de maestro, porque enseñar no me disgustaba; de hecho, contemplé la posibilidad de buscar trabajo como profesor de autoescuela. Los adultos me gustaban más que los niños pequeños... (p. 105)

Pola de Siero (1969-70)

En noviembre de 1969, cuando tenía veinte años, la Administración me adjudicó el que iba a ser mi tercer destino como maestro: La Pola. El Colegio Nacional de la villa era un centro importante y bien organizado, pero mi clase era un pasillo, como correspondía a mi condición de interino,

[...]

Una anécdota que recuerdo bien señala hasta qué punto mi práctica se inspiraba en una teoría pedagógica que apenas era otra cosa que mi propia circunstancia personal. Ocurrió que, en consonancia con mi evolución en lo que al abandono de la religión se refiere, retiré de la pared de la clase el cuadro de la Virgen. (pp.105-106)

La Pola



Situada a medio camino entre el centro de Asturias y el oriente de la región, y en el itinerario entre la ciudad de Oviedo y Arriendas, la ubicación geográfica de la villa de Pola de Siero se parece mucho a la que era mi situación vital a finales de los sesenta, cuando estaba también a medio camino entre el campo y la ciudad. Mi estancia allí fue desde el principio mucho más gratificante que lo había sido mi destino inmediatamente anterior en una cuenca minera. En los primeros meses viajé a diario desde mi residencia en el piso de estudiantes que compartía en Oviedo, mientras que los meses finales del curso, ya con buen tiempo, viajé en moto desde Arriendas, donde estaba la casa familiar, los amigos de la infancia y los amores en ciernes. Volví entonces a recuperar la vitalidad que me había faltado durante el curso anterior. (p. 106)

El Colegio



El Colegio Nacional de Pola de Siero disponía de un formidable edificio terminado de construir en 1929. En 1969-70 era el único centro público en una localidad que tenía 4.399 habitantes (hoy tiene tres veces más). Estaba dirigido por D. Mariano Blázquez, una persona muy alejada del arquetipo del profesional de enseñanza primaria... (p. 106)

Mi clase



Mi clase era un pasillo habilitado como aula debido a la presión escolarizadora de la época sobre un colegio que se iba quedando pequeño. Este tipo de espacios, poco apetecibles en principio, eran habitualmente adjudicados a los interinos. Los propietarios copaban las mejores aulas. Yo, sin embargo, estaba contento... (p. 107)

La Virgen



Había en la clase que me adjudicaron un cuadro con una de las inmaculadas del inmortal Murillo. A poco de llegar le di vuelta a la imagen y por el otro lado, en el mismo marco y tras el mismo cristal, coloqué un cuadro horario con la distribución del tiempo a lo largo de la semana. Confeccionar un horario y colocarlo a la vista de los alumnos era entonces considerado un avance, una innovación... (p. 108)

Villanueva de Cangas de Onís (1970-71)

En curso 1970-71 elegí una escuela cerca de casa [...] un pueblecito a escasos cuatro kilómetros de Arriendas.

La juventud y la Vespa fueron mis exitosas cartas de presentación ante los niños.

[...]

La escuela no tenía edificio propio, sino que estaba ubicada en el Monasterio de San Pedro de Villanueva,

[...]

El grupo era el correspondiente a una escuela unitaria de niños.

Mi trabajo en el aula se organizaba a partir de un conglomerado de ocurrencias, autoestima de innovador, ideología progresista en ciernes y voluntarismo... (pp.108-109)

Cerca de casa



Villanueva es un pueblecito situado en la margen derecha del Río Sella, a mitad de camino entre Arriondas y Cangas de Onís, un trayecto que había recorrido centenares de veces desde niño. Mis abuelos paternos, Ángel y Matilde, habían vivido allí; los maternos, Francisco y Pura, en Cangas de Onís, donde estaba también el instituto al que había ido a diario entre los diez y los quince años... (p. 109)

Un pueblecito



Lo que es el núcleo rural no ha cambiado mucho desde los años setenta. Si lo han hecho el Monasterio y su entorno... (p. 110)

La juventud y la Vespa



... La gente percibía que la sociedad estaba cambiando y preferían maestros sin pasado, dando por supuesto que traíamos ideas nuevas [...] la Vespa, expresión de los viajes vitales hacia la libertad que emprendí en aquellos años... (p. 110)

En el Monasterio



La escuela estaba en una de las dependencias del Monasterio de San Pedro de Villanueva, uno de los centros monásticos más importantes de Asturias, monumento nacional desde 1907, cuyo origen se remonta al siglo XII, si bien la tradición lo sitúa sobre una iglesia levantada por Alfonso I, como se sabe, yerno del mismísimo Don Pelayo. "El Conventu", lo llamaban los vecinos... (p. 111)

Escuela unitaria de niños



He aquí, fotografiada en estado puro, lo que años más tarde mi alumno Isaac Montes, en una de sus brillantes intervenciones en clase, denominó "la dimensión romántica de la escuela rural". La enorme fuerza expresiva de la foto radica en esa savia emocional que se percibe fluyendo entre los miembros del grupo... (p. 112)

Voluntarismo



... Había ya entonces un componente de voluntarismo en mi trabajo que de una u otra manera duraría siempre, incluso cuando años más tarde llevé a cabo una crítica de él si su presencia impedía la toma de conciencia sobre las funciones estructurales de la escuela y otras dimensiones de la profesión... (p. 115)

El Remedio (1972-73)

Mi segundo destino rural fue la **escuela mixta** de El Remedio (Nava), situada en una zona rural pero muy bien comunicada.

[...]

Tengo de aquella escuela pocos, pero **buenos e interesantes recuerdos**... (pp. 115-116)

Escuela mixta



... La escuela era una magnífica edificación de 1925. El ala derecha para los niños, las niñas en el lado izquierdo. Aunque, no recuerdo por qué, en mi grupo había también niñas, por primera vez. Es posible que la maestra y yo nos hubiéramos repartido los alumnos: para ella los pequeños y para mí los mayores... (p. 116)

Buenos e interesantes recuerdos



... habrían de pasar todavía algunos años para que mis neuronas se pusieran a tejer profesionalmente en el interior de mi cerebro como lo estaban haciendo las máquinas y las manos de las laboriosas mujeres que trabajaban dentro del recinto de lo que había sido mi escuela. Cuando contemplo esta fotografía, veo en el taller de corte y confección la perfecta metáfora de lo que años más tarde iba a ser mi mente profesional por dentro. (p. 117)

Noreña (1973-74)

Durante el curso 1973-74 enseñé en Noreña. Laboralmente continuó mi precariedad profesional como interino. Mi aula volvió a ser un **local prestado**, esta vez incluso situado lejos del edificio de la escuela de la localidad.

Un **biberón** y una **hoja de firmas** documentan por sí mismos la relación trabada con el grupo de alumnos que tuve aquel año, que eran mayores, como a mí me gustaban...

Un **Libro de Escolaridad**, por ejemplo, me sirve para documentar cómo algunas de las ideas que más adelante iba a defender con argumentos pedagógicos, ya estaban en germen en mis prácticas de entonces, a pesar de estar desprovistas de cualquier fundamentación académica, lo que constituye un hecho muy notable a la hora de pensar sobre las complejas relaciones entre teoría y práctica docente. (p. 118)

Un local prestado



Mi aula estaba en un edificio parroquial que había sido habilitado como aula ante la falta de capacidad de las escuelas públicas municipales para albergar al alumnado que la Ley General de Educación obligaba a concentrar en las cabeceras comarcales. Esto no significaba para mí ningún problema, todo lo contrario, estaba encantado, dada mi tendencia a andar a mi aire y hacer las cosas a mi manera... (p. 118)

Un biberón



Por aquel entonces sonaba la canción *En un rincón del alma*, de Alberto Cortez. No creo que exista un solo docente que no haya tenido que habilitar algún rincón de su ser para guardar los afectos que ineludiblemente se traban con quienes se convive durante tantas y tan intensas horas en las aulas... (p. 119)

Hoja de firmas



Con el biberón me entregaron una hoja con los nombres o las firmas de todos los alumnos del grupo. (p.119)

[...]
Yo también me sentí siempre muy satisfecho del maestro que fui durante aquel curso, sin embargo, mi evolución posterior, estrechamente ligada al estudio, me permitiría reconocer que entonces todavía dejaba mucho que desear profesionalmente... (p. 121)

Un Libro de Escolaridad

POR CURSOS				
Curso	Alumnos	Matrícula	Promedio	Promedio del curso
1º	24	24	7,5	7,5
2º	4	4	8	8
3º	2	2	8	8
4º	9	9	8	8
5º	15	15	8	8
6º	12	12	8	8
7º	8	8	8	8
8º	10	10	8	8
95%				PROMOCIONADO

... como puede verse en las calificaciones que le puse en el 8º curso y en la promoción, no me tembló la mano al ponerle "sobresaliente" o 10, evaluándole más alto de lo que habían hecho sus maestros anteriores. Salta a la vista que mis notas no procedían de ninguna división con decimales realizada para calcular con exactitud una media, ni tampoco eran el resultado de exámenes calificados con décimas y centésimas... (p. 122)

Ventanielles (1974-77)

Era el barrio obrero por antonomasia en una ciudad de idiosincrasia burguesa y funcionaria. Cercano a la fábrica de armas de La Vega y prácticamente segregado de la ciudad, se edificó en la década de los años cincuenta. Los estigmas de la marginalidad y la delincuencia pesaron sobre él desde el principio. **El Colegio Nacional** estaba construido arquitectónica y sociológicamente con los mismos materiales que el resto del barrio. [...] El colegio ocupaba solamente una de las **cuatro esquinas** de lo que entonces era mi mundo.

Tres alumnos me ayudaron a recordar algunos aspectos de mi docencia. Dos de ellos, Luis Rodríguez y **Santiago** Alonso, estuvieron en mi clase haciendo sus prácticas de magisterio. El otro, **Vicente** Fernández Vilela, que era entonces un niño, rememora hoy aquel tiempo desde el prisma ideológico de su militancia en la izquierda.

Me reconozco perfectamente en los recuerdos que unos y otros me aportan, gracias a los cuales he podido viajar hasta aquella pedagogía improvisada, sin la menor raigambre académica, directamente derivada de lo que era yo como persona. (p. 123)

El Colegio Nacional



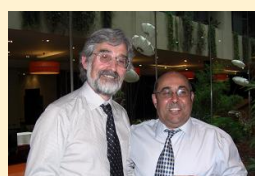
... Dada mi condición de interino, se me adjudicó una de aquellas aulas. Una especie de segregación espacial que, como en casos anteriores, no me importaba mucho, incluso se podría decir que no me disgustaba, dado que mi interés por encontrarme a diario con los colegas era más bien escaso. Mis afanes no encajaban bien en la atmósfera que se respiraba en aquel centro... (p. 123-124)

Cuatro esquinas



Me desplazaba sobre suelo de la ciudad con ese andar zigzagueante con el que se mueven las hormigas: correr, pararse un instante y arrancar de nuevo. No recuerdo, sin embargo, haberme quejado entonces del mucho trabajo que tenía... (p. 124)

Santiago



... Me recordaba como un hombre muy activo, con un talante distinto, también hacia ellos, los alumnos de prácticas. Recuerda, dijo, que no trabajaba solo para los mejores, como había visto en otras aulas por las que había pasado, donde los buenos se sentaban delante y los de atrás eran prácticamente ignorados. Me veía innovador a mi manera [...] Supo que iba a la universidad y alguna vez me vio estudiar durante el recreo. (p. 126)

Vicente



Ya había quedado muy atrás su niñez cuando años después de haber sido mi alumno le encontré a las puertas de un juzgado formando parte del grupo de apoyo a un compañero minero que estaba siendo juzgado. Cuando, casualmente, nuestras miradas se cruzaron, nos reconocimos de inmediato:
— ¡Vilela! -exclamé- ¿qué haces aquí?
No había vuelto a verle y no sabía que trabajaba en la mina.
— Aquí estoy. Gracias a ti -me dijo... (p. 126)

Soto de Rey (1977-78)

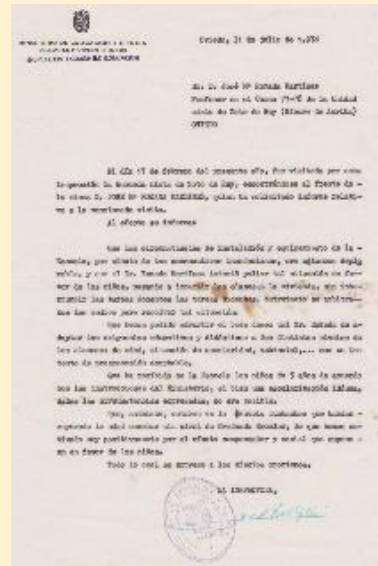
... Tenía buenos recuerdos de mi estancia en Villanueva y El Remedio y me atraía la idea de volver a [la libertad](#) de las escuelas de un solo maestro, sin director, sin nadie a quien rendir cuentas más que a la inspección si acaso pasaba por allí. Y pasó. [El informe de la inspectora](#) creo que dio de lleno en el clavo al valorar la situación. (p.128)

La libertad



... El pañuelo sobre la cabeza era para el sol. Por dentro llevaba puesto otro para protegerme del chaparrón burocrático que se nos venía encima. Era tan de trapo como el primero, porque en aquel entonces las defensas de mi libertad como docente carecían de la consistencia que más adelante iban a tener. Menos mal que el estudio y la reflexión críticos iban pronto a permitirme fortalecerlas y hacerle frente más tarde con cierto éxito personal a la segunda oleada del tecnicismo y la burocracia, la de los años noventa, mucho más fuerte y agresiva que aquella primera de los setenta. (p. 128)

El informe de la inspectora



... Nunca mejor dicho: el núcleo de mi práctica educativa estaba hecho de "buenos deseos" y nada más. No era yo como maestro otra cosa que un joven bien dispuesto (enrollado, que se dice ahora), dicho sea con tanta modestia como orgullo, pero también con el reconocimiento de que, no siendo esto poca cosa, sí resulta insuficiente para justificar una profesión, incluso esta de maestro o profesor, cuyas relaciones con el conocimiento académico son muy peculiares y casi siempre débiles... (p. 131)